

LA GUERRA CIVIL DE 1859 Y LOS LÍMITES DE LA MODERNIZACIÓN EN ATACAMA Y COQUIMBO¹

Luis Ortega Martínez²
Pablo Rubio Apiolaza³

RESUMEN

La guerra civil de 1859 fue uno de los primeros conflictos que debió afrontar la sociedad chilena republicana, suceso que tuvo un importante impacto en la zona del norte chico. Si se hace un seguimiento de los cuatro meses que duró el conflicto, es posible ver algunos indicios de la existencia de una “burguesía local” y de una incipiente autonomía que al menos desafió los cimientos del estado nacional chileno. Este ensayo, de carácter interpretativo, revisa por un lado el contexto social y económico de mediados del siglo XIX, y posteriormente analiza el conflicto como tal, estableciendo como conclusión que su desarrollo no puede comprenderse aisladamente respecto de la tensión entre modernización y tradición que experimentó la sociedad minera de las provincias de Atacama y Coquimbo. Desde el punto de vista institucional, la guerra civil dio inicio a un período donde predominan los acuerdos políticos antes que la confrontación explícita.

Palabras clave: Modernización-guerra civil-historia local

ABSTRACT

The 1859 civil war was one of the first conflicts that the Chilean republican society had to face. This incident had an enormous impact in the regions of the “small north”. If the four months that the conflict lasted are analyzed, it is possible to find some indicators that suggest the existence of a “local bourgeois”, and also traces of a growing autonomy that defied the foundations of the Chilean state. This essay reviews, with an interpretative character, the social and economic context of mid nineteenth century. It also analyzes the conflict itself, establishing that its development can not be understood separately from the tension between modernization and tradition that the mining provinces of Atacama and

¹. Este trabajo forma parte de los resultados del proyecto FONDECYT Nº 1060176, patrocinado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, CONICYT.

². Académico, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile.

³. Programa de Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile.

Coquimbo faced. From an institutional point of view, the civil war gave birth to a period in which political agreements prevailed over open confrontations.

Key words: Modernization- civil war- local history.

“Alcemos nuestras voces / cantemos la esperanza /
luchando por la alianza / de Patria y Libertad /
que el voto noble y santo / que pide una asamblea /
constituyente, sea / el canto popular”⁴

LOS DESAFÍOS POLÍTICOS que debió enfrentar el proceso de consolidación del Estado chileno en los albores del período republicano fueron importantes, y en algunas oportunidades dramáticos, como en el caso del estallido de violentos conflictos armados. En particular, la rica zona minera septentrional, el Norte Chico, fue el escenario político-militar de una serie de episodios que hicieron de ella un ámbito que cobijó tanto a una fuerte oposición al gobierno, como a nuevas fuerzas políticas que plantearon posturas desde las que se generaron proyectos reformistas y nuevas organizaciones. Es el caso del Partido Radical, el partido político más antiguo de Chile en la actualidad.⁵

Por otro lado, en esas provincias surgieron – e incluso se impusieron por la fuerza militar y establecieron una relativa hegemonía política temporal- algunas posiciones de “autonomía” respecto del poder central, que en algunas coyunturas constituyeron fuertes desafíos para éste. Un caso notable es el de las provincias de Atacama y Coquimbo durante la guerra civil de 1859, que es el tema de este artículo.

Indudablemente, estos fenómenos tuvieron una proyección en el tiempo y se enmarcan en la tensión entre tradición y modernización que se verificó en ese espacio entre 1845 y 1880, años más años menos. Ello no sólo hace del Norte Chico un espacio adecuado para el estudio de las tensiones políticas del siglo XIX; además permite una mejor comprensión de los factores endógenos que explican la pobre respuesta de los productores de cobre de la región frente a las transformaciones tanto en la minería internacional del metal, como en su mercado.

Esa tensión terminó con el triunfo de la tradición, lo cual no excluyó cierto grado de modernización, y ello es lo que explica el largo período de decadencia productiva y demográfica que se abre a mediados de la década de 1870 y se extiende hasta prácticamente la medianía del siglo XX. Ello también equivale a proponer que en la región las guerras civiles de la década de 1850 fueron solamente eso: guerras civiles, y no “revoluciones

⁴ Himno del ejército “constituyente” liderado por Pedro León Gallo.

⁵ A fines de la década de 1980, el radicalismo se fusionó con la Social Democracia, dando origen al Partido Radical Social Demócrata (PRSD).

burguesas...que nunca fueron”.⁶ También hace necesaria la revisión de la condición de sus líderes, en cuanto a si fueron en realidad burgueses reformistas o solamente oligarcas transformadores.

*

La guerra civil de 1859 fue el conflicto más agudo que enfrentó la oligarquía gobernante desde la consolidación de su proyecto político a fines de la década de 1830. Ese conflicto tuvo un alto impacto sobre las provincias septentrionales, y también sobre el desenvolvimiento político general del país durante los siguientes quince años. Una observación preliminar de esos acontecimientos sugiere que en Atacama se articuló un liderazgo local que manejó ingentes recursos y un alto grado de autonomía, lo que constituyó un potente desafío a los supuestos sobre los cuales se estaba aún construyendo el Estado nacional. Este grupo, cuya principal actividad económica era la minería, contó con la adhesión de importantes bases sociales, lo que le permitió plantear un amplio programa de reformas políticas y un conjunto limitado de cambios en la política económica.

De acuerdo con esas premisas, este artículo analiza el contexto político y económico que constituyó el trasfondo del conflicto de 1859, para luego realizar un seguimiento de los acontecimientos entre enero y mayo de aquel año en las provincias de Atacama y Coquimbo.

*

Un estudio de la guerra civil de 1859 requiere ser aislado de la matriz interpretativa hegemónica en la historiografía, que destaca una supuesta fortaleza permanente del Estado nacional chileno en el siglo XIX. Los contradictores de este planteamiento global son escasos, y representan un notorio aunque aún insuficiente avance en la historiografía.⁷

Sin embargo, dicho ordenamiento político e institucional no estuvo exento de tensiones de toda clase hasta mediados del siglo XIX. Entre las más destacadas cabe consignar el asesinato de Diego Portales en 1837, la guerra externa de 1837 a 1839 y sus repercusiones domésticas, las guerras civiles en 1851 y 1859, y varios conflictos de carácter menor. Lo que se sustenta aquí es que, a diferencia de todos ellos, el conflicto de 1859 constituyó un desafío mayor no sólo para el gobierno central, sino también para el diseño de Estado que se estructuró desde 1830.

La visión historiográfica más tradicional indica que si bien los sucesos violentos de este período expresan las tensiones que se manifestaron en la sociedad y la política, en lo global no pusieron en tela de juicio la estabilidad y los fundamentos del sistema político. Los motivos son estructurales: por un lado, el grupo dirigente estableció su hegemonía en una muy polarizada estructura social, sin perjuicio que desde 1850 comenzase un incipiente proceso de modernización. Este ensayo plantea que la combinación de modernización

⁶ Maurice Zeitlin en su estimulante, pero historiográficamente débil *The Civil Wars In Chile (or the Bourgeois Revolutions that Never Were)* (Princeton, 1984), *passim*.

⁷ Alfredo Jocelyn Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil conciencia histórica* (Santiago, 1996).

económica, aguda estratificación social, una creciente aspiración de mayor pluralismo político y descentralización son los antecedentes necesarios para analizar los sucesos de 1859, que efectivamente cuestionaron los supuestos básicos del diseño conservador forjado desde 1830.

EL MARCO REFERENCIAL. LA EXPANSIÓN LA ECONOMÍA DEL NORTE

Durante el cuarto de siglo que se extiende entre 1850 y 1875, buena parte del país experimentó una pluralidad de transformaciones en los ámbitos económico y social. Paralelamente a la consolidación de la economía primario-exportadora, se comenzaron a producir los primeros cambios fundamentales en los ámbitos de la producción de bienes y servicios para el mercado interno.⁸ Y el desarrollo de nuevas actividades económicas se tradujo en la entrada en escena de nuevos grupos que fueron los responsables de las primeras dislocaciones de importancia de la estructura social tradicional. Junto con el desarrollo de la infraestructura urbana y de la de transporte y comunicaciones, esos factores conformaron un complejo mosaico de transformaciones, propias de una eventual modernización, entendida esta como una combinación de crecimiento económico, del desarrollo del transporte y las comunicaciones sumado al despliegue de una administración pública eficiente.⁹

La contribución de las provincias del norte a ese proceso fue importante, pues prácticamente dos tercios del valor de las exportaciones del período 1850-1875 correspondió a productos mineros. Esa realidad fue constantemente esgrimida cuando los representantes de esa región llevaban sus reivindicaciones a los centros de poder político; como en 1870, cuando el diputado Ángel Custodio Gallo recordó a la Cámara de Diputados que en gran medida el financiamiento del “progreso” del país se había originado en su zona:

⁸ Analizando las cifras *globales* del crecimiento económico para el cuarto de siglo 1850-1875, el país experimentó un permanente crecimiento durante aquel lapso. Algunas cifras son notables, como el crecimiento de 10,6% del año 1869 y de 7,5% de 1872, con un promedio anual para todo el período de alrededor de un 3%. Datos en, Juan Braun *et. al.*, *Economía chilena 1810-1995: Estadísticas Históricas*, (Santiago, 2000), pp. 21-22. Para una visión global de las transformaciones productivas, urbanas y de algunas dimensiones de la sociedad, Luis Ortega, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión, 1850-1880* (Santiago, 2005), capítulos II, III y IV.

⁹ Eric J. Hobsbawm, *Bandits* (London, 1969), p. 15. Para Gino Germani la sociedad moderna-industrial, incluye un conjunto de criterios de todo orden: la tecnología; motivaciones y actitudes hacia el trabajo; economía; organización social; aspectos demográficos, y, tipos de autoridad y control. Cada uno de estos macro-criterios contiene en su interior una pluralidad de otros elementos, que lo hacen ser un modelo sostenible y sumamente útil para el análisis de la sociedad latinoamericana, en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (4ª edición, Buenos Aires, 1971), pp. 156-167. Para Luis Ortega, “... se entiende por modernización la generalización de algunos rasgos del capitalismo desarrollado, en donde la sociedad es vista como autorregulada, y en donde todas las fuerzas están inscriptas institucionalmente resolviéndose los problemas en el interior del sistema político. Por su parte, en lo económico moderno implica relaciones mercantiles sin trabas que impidan su desenvolvimiento”, en “Semper Idem. Los límites de la Modernización. Chile, 1850-1880”, en *Boletín del Instituto de Historia Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, N° 13, 1996, p. 84, cita 4.

porque esos millones han venido a servir para abrir las fuentes de los tributos que pagan los campos de Maipú. Colchagua, Talca y demás provincias del sur, al mismo tiempo que han venido a hermostear las grandes ciudades de Valparaíso y Santiago...sin la industria minera el país habría progresado, pero de una manera mucho más lenta.¹⁰

En efecto, las exportaciones mineras permitieron el aumento de la capacidad para importar, y los impuestos a las importaciones constituyeron la principal fuente de ingreso corriente del sector público, lo cual a su vez, permitió la estabilización de las finanzas públicas.¹¹ El rol de las exportaciones de cobre fue decisivo, pues los ingresos que ellas generaron por impuesto a la exportación entre 1860 y 1875 representaron, en promedio, el 22,5 por ciento de los ingresos de aduana y el 13 por ciento de los ingresos fiscales corrientes.¹²

El proceso de modernización se manifestó con particular fuerza en las provincias de Atacama y Coquimbo. Allí no sólo aumentó la producción de cobre y plata, sino que además se verificó la instalación de nuevos procesos de metalurgia y amalgama que incorporaron tecnologías de última generación de los países de mayor desarrollo.¹³ Sin embargo, ese proceso estuvo limitado a la metalurgia y no comprendió a la minería. La administración regional mejoró en eficiencia, acometiendo desde 1852 la construcción y mantención de caminos, velando por el mejor funcionamiento de la aduana.¹⁴

En los ámbitos del transporte y las comunicaciones se desarrolló y consolidó la navegación a vapor; la provincia de Atacama se puso a la vanguardia en el país en la construcción de ferrocarriles y la instalación de líneas telegráficas, pues como es sabido, el primer servicio de ferrocarril, con su correspondiente servicio de telégrafo, se inauguró entre Caldera y Copiapó en 1851 (el servicio entre Valparaíso y Santiago sólo se inició en 1863). La trascendencia de esta iniciativa supera el ámbito propio del transporte y se extiende a la lógica del proceso de modernización. No es casualidad que el primer libro de Alfred D. Chandler sea *The Railroads. The Nation's First Big Business*,¹⁵ pues con la instalación de este medio de transporte la evolución del capitalismo experimentó un salto cuantitativo y cualitativo que fue fundamental en su desarrollo.

En la provincia de Atacama la iniciativa de construir un ferrocarril movilizó a la elite local y se tradujo en el establecimiento de acuerdos financieros que trascendieron el ámbito regional. Sucesivos cabildos abiertos dieron origen en octubre de 1849 a la *Compañía del Camino Ferro-carril de Copiapó* que se constituyó con un capital de £153.846, que en ese año equivalía al 20 por ciento del gasto público corriente y al 6,4 por ciento del valor de las exportaciones. En una perspectiva de más largo aliento, ese monto

¹⁰ Cámara de Diputados, Sesión Extraordinaria, 1º octubre 1870.

¹¹ Ortega, *Chile en ruta*, capítulo V.

¹² Ortega, p. 183.

¹³ Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: Un caso de crecimiento asociado. Chile, 1850-1914* (Santiago, 1991) capítulo II.

¹⁴ "Memorias de Intendencia", Atacama y Coquimbo, 1855-1875, en *Memorias de Interior*. "Memorias del Superintendente de Aduanas" 1860-1875, en *Memorias de Hacienda*.

¹⁵ (New York & Chicago, 1965).

representa el 9,4 por ciento de la inversión en sociedades anónimas que se verificó entre 1850 y 1866, cuando se reformó la legislación relativa a este tipo de sociedades.¹⁶ Los primeros inversionistas fueron conspicuos miembros de la elite minera local, quienes enfrentados a la necesidad de allegar más recursos para esta iniciativa, se vincularon con capitalistas de la provincia de Coquimbo, entre los que se destacaba Agustín Edwards.¹⁷ Hasta 1876, la explotación de la línea dejó “pingues beneficios” y canalizó “al comercio ingentes caudales”.¹⁸

Desde el punto de vista del estímulo al desarrollo de la producción de bienes y servicios, el impacto del ferrocarril fue más allá de la transformación radical en el desplazamiento de personas y movilización de carga. Según indica el registro de patentes municipales, los servicios complementarios que se desarrollaron por parte de los privados en las estaciones terminales fueron vastos.

Socialmente, la construcción y puesta en marcha del ferrocarril constituyó una importante contribución a la generación de nuevos tipos sociales. Junto con las grandes fundiciones de cobre y establecimientos de amalgamación de plata, además de las fábricas –en las que se elaboraban “todas las máquinas necesarias a la explotación de las minas, como las de Orchard y Tomkins y en la de Leurhings”–,¹⁹ el ferrocarril hizo un importante aporte. Durante la etapa de construcción, fueron miles los trabajadores que se desplegaron a lo largo de los 81 kilómetros que separan a Caldera de Copiapó; una vez terminadas las faenas, es altamente probable que la mayoría de ellos se haya dirigido a las ciudades terminales, a engrosar un emergente mercado de trabajo. Una pequeña proporción de ellos pasó a integrar el selecto grupo de trabajadores de la empresa. Hacia fines de la década de 1870 –cuando la extensión de las vías había aumentado a 151 kilómetros– el cuadro permanente de ésta era de 495 empleados, de los cuales el 14 por ciento se desempeñaba a bordo de los trenes, 17,6 en las estaciones, 52,1 en las maestranzas y talleres, 14,1 en las faenas de mantención de las vías, y 2,2 por ciento en la administración central.²⁰

Las ciudades vivieron su propio proceso de modernización tanto en infraestructura, en servicios y en la construcción de edificios públicos y privados; en 1875 Copiapó tenía una población de 11.432 habitantes, mientras que la de La Serena era de 12.293.²¹ Copiapó se había convertido en una ciudad minera/comercial clásica, y en la residencia de un núcleo de mineros, comerciantes y capitalistas; tal vez debido a ello, a comienzos de la década de 1850 las inversiones públicas y privadas redundaron en un importante desarrollo de su infraestructura de servicios. La pavimentación de calles, mejoramiento de aceras, construcción de un nuevo mercado que corrieron por parte del ente público, en tanto que el sector privado construyó los recintos de la estación y los aledaños a ellos, dotando en 1853

¹⁶ Base de datos Proyecto Fondecyt 1950296 y Compañía Ferro-carril de Copiapó, *Informe de las operaciones del año 1881 y Memoria de los 30 años 1852-1881* (Valparaíso, 1882), pp. 44/46.

¹⁷ José Joaquín Vallejo “Relación de los hechos precedentes a la formación de la Compañía Ferro-carril de Copiapó”, en Compañía de Ferro-carril, *op. cit.*, pp. 4951.

¹⁸ Recaredo S. Tornero, *Chile ilustrado* (Valparaíso, 1872), p. 225.

¹⁹ Tornero, p. 226. Detalles de sus operaciones en Pinto y Ortega, y en Ortega, *Chile en ruta...*

²⁰ Compañía Ferro-carril de Copiapó, *op. cit.*, pp. 54-58.

²¹ *Quinto Censo General de Población levantado el 19 de abril de 1875* (Valparaíso, 1876), p. 28. Ese año sólo había en el país ocho ciudades con más de 10.000 habitantes

a la parte central de la ciudad con alumbrado a gas hidrógeno sulfurado, con un total de 450 faroles. Una vez en operación el ferrocarril, comenzó el desarrollo de servicios de transporte al interior de la ciudad y sus alrededores.²²

Paulatinamente Copiapó fue desarrollando una identidad a la que contribuyeron tanto la elite local como la masa de trabajadores que convergieron a ella, pero sin que ese proceso implicara algún tipo de alianza en torno a un proyecto transformador de largo aliento. Ese proceso, desde el punto de vista de la elite combinaba tradición e innovación, pues conservando su visión elitista de la sociedad, como quedaba en evidencia en la permanencia de los regímenes de trabajo, había simultáneamente hecho suyo el liberalismo político y económico y en materias de fe, factor de gran importancia entonces en la vida política nacional, era decididamente laico. En otras palabras, ese grupo aspiraba a una mayor participación en el proceso político y en la distribución del poder; eran republicanos, pero no demócratas. Sus mayores aspiraciones en el plano económico era la eliminación de los impuestos a sus exportaciones y una mayor inversión por parte del gobierno central en la región como retribución a los aportes de ella al presupuesto público a través de las ventas de metales al exterior.

En la base de todo ese proceso se encontraba la expansión de la minería regional. Desde comienzos de la década de 1830, con el descubrimiento de Chañarcillo en 1832 y los descubrimientos de vetas de cobre y plata, el paisaje del norte cambió radicalmente, y a partir de entonces el devenir de las provincias de Atacama y Coquimbo, quedó estrechamente ligado a la minería, actividades a la que en el decenio siguiente se unió la metalurgia. Las peculiaridades socio-económicas que se derivaron de esas actividades fueron de importancia fundamental para el desarrollo local y nacional.²³

La expansión de la actividad cuprífera fue particularmente importante. Un ciclo de demanda expansiva y problemas en las fuentes tradicionales de abastecimiento en Europa crearon las condiciones para un paulatino aumento de la producción física y del comercio en minerales, ejes y crecientemente en barras. Si bien el volumen de la producción fue limitado -nunca superó las 60.000 toneladas por año entre 1855 y 1880-, Chile llegó a ser el primer productor de cobre del mundo, y su oferta representó un tercio de las transacciones en el “metal exchange” de Londres.²⁴

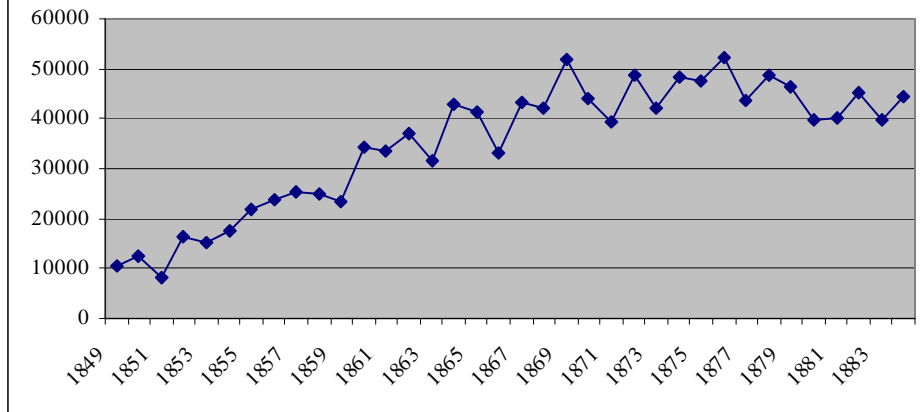
Esto se confirma en los siguientes cuadros:

²². Una buena descripción de Copiapó a comienzos de la década de 1870 en Tornero, pp. 217-227.

²³. Pinto y Ortega plantearon una amplia discusión sobre este tema.

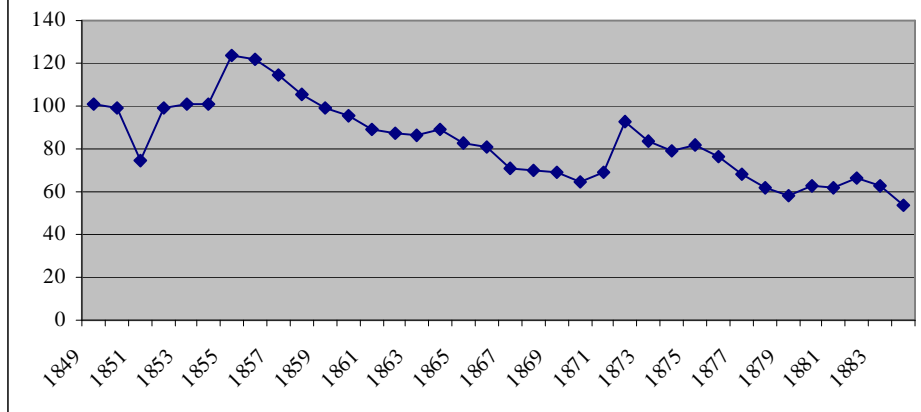
²⁴ Steven Volk, “Crecimiento sin desarrollo: los propietarios mineros chilenos y la caída de la minería en el siglo XIX”, en, Inés Herrera (ed.) *Minería americana colonial y del siglo XVI. Serie Historia Instituto Nacional de Antropología e Historia*, (México, 1994). Ortega, *Chile en ruta*, capítulo III.

Gráfico I. Volumen de las exportaciones de cobre, 1849-1884 (en toneladas métricas).



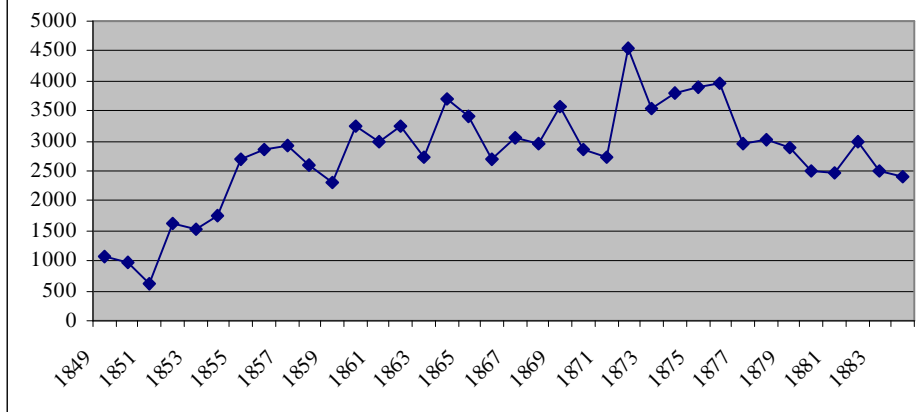
Fuente: Ortega, *Chile en ruta...*, capítulo III, anexo I

Gráfico II. Precio de tonelada larga de cobre en Londres, 1849-1884 (en libras esterlinas).



Fuente: *The Economist* 1849-1885.

Gráfico III. Valor de las exportaciones de cobre, 1849-1884 (en miles de libras esterlinas).



Fuente: Datos de gráficos I y II.

En el contexto del denominado “primer ciclo de expansión económica” que el país experimentó entre 1850 y la medianía de la década de 1870,²⁵ la minería del cobre y su respuesta al aumento de la demanda mundial, fueron factores fundamentales.

El cobre no sólo fue trascendente desde la óptica de la producción, las exportaciones y el ingreso, sino que también formó parte de importantes transformaciones culturales y sociales. Esto fue particularmente visible en la zona de Copiapó. Un observador tan incisivo y pionero como Benjamín Vicuña Mackenna, arguyó que existía una estrecha relación entre el cobre como recurso económico y como forma de vida, pues la vigorosa expansión de su extracción había

servido al país de andaderas en su infancia y de sólido andamio en el desarrollo de su estructura física y moral, sin los vértigos que produce la riqueza improvisada de los metales preciosos y sin su desfallecimiento y disipaciones. El cobre ha sido el tipo, la ley, el estandarte, si es posible decirlo así (traduciendo literalmente una palabra inglesa), del trabajo del chileno, y de aquí la trascendental valía de su cooperación en nuestro organismo.²⁶

En el mismo período, el Censo de Población levantado el 19 de abril de 1865 plasmaba una confianza inusitada en esta nueva realidad, y si bien se afirmó que “Copiapó, no hace muchos años era una villa de escasa población, relegada en un extremo de la República para servir de asilo a los pocos mineros que explotaban sus alrededores...”, ahora era un pujante centro de población y de actividad productiva, cuyo sostén era “la

²⁵ Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica en Chile 1830-1930* (Madrid, 1982), pp. 21-39.

²⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *Libro del Cobre i del Carbón de Piedra en Chile* (Santiago, 1883).

naturaleza misma de los trabajos a que sirve de centro”, en clara alusión a las actividades mineras y sus subsidiarias.²⁷

Diez años después se confirmaba esta tendencia, sosteniendo la misma fuente que, “la industria que en más vasta escala ha sido cultivada en Atacama es la minería, cuyos ricos y abundantes productos forman una de las principales fuentes de la riqueza nacional”.²⁸ Sin embargo, las condiciones del mercado internacional que iban a terminar con la buena fortuna del cobre, ya estaban en operación.²⁹

Sin embargo, el auge del cobre no se tradujo en innovaciones en la minería. El desarrollo técnico de los yacimientos fue limitado y los procesos de trabajo permanecieron prácticamente inalterados durante todo el ciclo expansivo. De tal manera, la contribución de la minería al desarrollo de los mercados de factores fue escasa. Y si bien si bien el salario se difundió ampliamente en cuanto a relación social de producción, la forma que este tomó –pago en especies o en minerales- no necesariamente contribuyó al desarrollo del mercado de bienes de consumo

La innovación tecnológica y laboral sí se verificó en la metalurgia, en la que se registraron transformaciones notables que comenzaron en los primeros años de la década de 1830, cuando Charles Lambert instaló los primeros hornos de reverbero. Hacia 1850, la Junta de Minería de Copiapó dio cuenta de la existencia de 66 hornos de fundición en el departamento del mismo nombre.³⁰ Tres años más tarde, en un informe al Ministro del Interior, el intendente Antonio de la Fuente fue más cauto y sostuvo que en Copiapó, “este ramo de industria, puede decirse que recién principia. Hasta ahora un año solo poseía en ejercicio 6 ingenios, los mismos que existen al presente”. Todos ellos usaban como combustible para la fundición la leña, lo que era un reflejo de su escaso nivel de desarrollo tecnológico.³¹

A comienzos de la década de 1860 –es decir, durante un período de recesión- la Junta de Minería dio cuenta de que en el distrito de Copiapó había 12 hornos de reverbero. Pero al respecto, se ha sugerido que ya para entonces en la zona se estaba experimentando un doble proceso en el ámbito de la metalurgia: por una parte, se asistía a un proceso de concentración, mientras que por otra, los antiguos hornos de manga cedían el paso a los de reverbero, de acuerdo con los cual todos los establecimientos de Copiapó y Caldera fundían

²⁷ *Censo Jeneral de la República de Chile levantado el 19 de abril de 1865* (Santiago, 1866), p. 292.

²⁸ *Quinto Censo*, p. 565.

²⁹ Luis Ortega y Hernán Venegas, “El vértigo del precio. El cobre en el mercado mundial, 1860-1913”, en *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, N° 1, año 1, julio de 2004.

³⁰ Informe redactado por una comisión de la Junta de Minería de Copiapó, integrada por A. Moreno, F. Matta, J. M. Cabezón y T. Patrickson. Volumen 109, Archivo Intendencia de Atacama, Copiapó, 2 de agosto de 1862. Para las actividades de Lambert, Simon Collier y John Mayo, *Mining in Chile's Norte Chico* (Oxford y Colorado, 1998).

³¹ Memoria que el Intendente de la Provincia de Atacama presenta al señor Ministro de Estado en el Departamento de Interior dando cuenta de todos los ramos de la administración. Antonio de la Fuente. Imprenta del copiapino, Copiapó, 15 de octubre de 1853. La migración de capitalistas de Atacama a Santiago tiene un espacio en la literatura en el personaje Dámaso Encina de la novela de Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*. Encina obtuvo su fortuna en Copiapó, adquirió una mansión en Santiago y un fundo de campo. Su aspiración política era “ocupar un asiento en el Senado”.

con carbón de piedra y la capacidad de procesamiento de algunos de ellos era del orden de las 20.000 toneladas por año.³²

Sin embargo, Atacama era un territorio con las características propias de las zonas de frontera física y económica, en la que el arraigo de las personas está determinado por un conjunto de factores, alguno de los cuales fueron un incentivo a los desplazamientos. Ya sea el fracaso o éxito en la búsqueda de una rica veta, el agotamiento de un yacimiento o los problemas en el aprovisionamiento de insumos, todos ellos contribuían a una relación con el territorio que estaba marcada por la precariedad. Ya a mediados de la década de 1850 algunos de los mineros o comerciantes en cobre y plata iniciaron su desplazamiento a Valparaíso, y luego a Santiago...Son los mismos apellidos que estaban vinculados a la “habilitación” o la compra o procesamiento de metales. Y ese desplazamiento era el mejor reflejo de lo que eran sus aspiraciones sociales y políticas: incorporarse a la elite santiaguina –y a través de ello acceder al poder político.

Un ejemplo clásico es el personaje Dámaso Encina, en la novela *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, quien llegó a Copiapó en calidad de “dependiente” de una casa de comercio cuya matriz estaba en Valparaíso y que “habilitaba” a pequeños mineros. Esos eran los establecimientos –con vínculos muy tenues con la minería propiamente tal- que comercializaban el cobre y que, por lo tanto, captaban la mayor parte del excedente y no necesariamente lo retornaban a Atacama. De tal manera, la huella de esas ganancias se puede seguir hasta la zona central de Chile; en las adquisiciones e inversiones en propiedades agrícolas que fueron modernizadas (pero en las cuales la modernización, sugestivamente, no incluyó los procesos de trabajo), en la banca y en las sociedades anónimas. Pero también se encuentran rastros en las suntuosas mansiones en Santiago, en el consumo conspicuo, aunque esta no haya sido el área de mayor gasto. No era extraño que un habilitador o un intermediario después de verificado “un gran alcance...pocos años más tarde comprara un valioso fundo de campo cerca de Santiago y la casa [en la ciudad].”³³

Desde ese punto de vista, la radicación en las provincias mineras fue un ejercicio necesariamente transitorio. La minería y sus exportaciones eran por sobre todo un medio que permitía acceder –social y económicamente- a un mundo que esos individuos ya habían hecho suyo en cuanto a valores y objetivos sociales: el de la sociedad oligárquica santiaguina. De allí que la necesidad de transformar revolucionariamente la región minera no era prioritaria. La región sí podía ser un buen instrumento de negociación, dado su enorme potencial económico, pero al parecer había conciencia de que eso era algo transitorio. Por lo tanto había que apurar el tranco, y si ello implicaba el apelar a la insurrección, la búsqueda de una cuota de poder lo justificaba, pero ello no necesariamente

³² Luis Valenzuela, “La industria de fundición del cobre en Chile a mediados de siglo XIX. Fases de expansión y recesión”, en, *Tres estudios sobre el comercio y la fundición de cobre en Chile y en el mercado mundial* (Santiago, 1995), p. 86.

³³ El personaje Dámaso Encina recuerda a Matías Cousiño, pues este llegó a Copiapó como empleado del servicio de correo. Luego de algunos años pasó al sector privado, en calidad de administrador de los negocios mineros de uno de los copiapinos más acaudalados, Emeterio Goyenechea. Después de la muerte de este, se unió en matrimonio con su viuda, Luz Gallo y casó a su hijo Luís con la hija de aquella, Candelaria Goyenechea.

obligaba entrar por el camino de las reformas profundas, o si se prefiere de los cambios revolucionarios....

Las características de ese proceso regional, invitan a considerarlo desde la perspectiva de un proceso integral de desarrollo, y desde ese punto de vista es necesariamente limitado.³⁴ Una mirada más ajustada sugiere que para que hubiese sido efectivamente así, quedó un largo camino por recorrer. Con todo, aunque fue una modernización trunca, y fuertemente dependiente de los estímulos externos, ella bien puede explicar en buena medida los sucesos de 1859. Tanto en lo que efectivamente ocurrió, como en aquello que estuvo ausente como para que hubiese sido un proceso revolucionario.

La mayoría de los propietarios de los yacimientos de mayor tamaño también controlaron la metalurgia del metal y su comercialización, aunque esta última dimensión ya la comenzaban a compartir en la década de 1850 con algunas casas comerciales británicas. Entre el grupo de controladores de la actividad se destacaban los apellidos Edwards, Gallo, Goyenechea, Levingstone, Matta, Moreno, Ossa y Escobar, Recabarren, Sewell, Subercaseaux y Urmeneta, entre otros.³⁵ Algunos de ellos residían en la capital atacameña, otros en la provincia de Coquimbo y algunos, en creciente número, habían iniciado su éxodo a la zona central del país donde participaron activamente en él.

Pero no sólo en esos ámbitos fue relevante el impacto de ese auge productivo y de la incipiente modernización; también tuvo su correlato político-militar. Más precisamente, la riqueza de esas regiones dio origen a manifestaciones de élites locales que se trasladaron desde la protesta formal a las disputas militares. Tal fue el caso de la guerra civil de 1859. Conflicto que, liderado por el acaudalado minero atacameño Pedro León Gallo, fue capaz de poner en serios aprietos al gobierno de Manuel Montt estableciendo, temporalmente, una relativa superioridad militar en esas provincias, a la vez que elevando una serie de peticiones “autonomistas”.

LA GUERRA CIVIL DE 1859 EN EL NORTE: JAQUE AL “ESTADO EN FORMA”.

Durante cuatro meses las provincias de Atacama y Coquimbo fueron dominadas por un poder oligárquico local, ideológicamente avanzado, que puso en práctica un conjunto de medidas políticas que derivaron en un ensayo autonomista al margen del estado central, poniendo en cuestión su supuesta homogeneidad.

Desde esa óptica, es plausible comprender la guerra civil de 1859 como un conflicto derivado de las tensiones inherentes al proceso de construcción del Estado, para lo cual es necesario detenerse en cómo el Norte Chico se transformó en una región con una influencia política importante, que derivó progresivamente hacia posiciones que constituyeron fuertes desafíos para el poder central. Ello se hizo evidente desde los primeros años de la vida republicana, donde ya entonces la provincia de Atacama evidenció características de región “díscola”. Con su característica visión, Francisco Encina calificó la fisonomía política de

³⁴ De acuerdo con la conceptualización de Gunnar Myrdal en “What is Development”, *Journal of Economics Issues*, Vol. VIII, N° 4, 1974.

³⁵ Informe redactado, *op cit*.

esta zona como una “sociedad sin tradiciones y sin arraigo”, haciendo alusión a su carácter de región minera a la cual arribaban “aventureros sin familia” e individuos para los cuales era casi natural seguir a un caudillo que los convocara a todo tipo de aventuras políticas.³⁶

A mediados de la década de 1820, en el marco de la propuesta de gobierno federal impulsada por José Miguel Infante, Copiapó y La Serena se manifestaron absolutamente de acuerdo con ella, para lo cual determinaron iniciar una senda tendiente a descentralizar la administración. A comienzos de 1829 fue elegido Vicepresidente de la República el poderoso Intendente de Coquimbo Joaquín Vicuña, medida que ocasionó el descontento de los conservadores de Concepción, quienes elevaron una enérgica protesta, constituyéndose ella en uno de los antecedentes más poderosos de la guerra civil de 1829-1830.³⁷

Años más tarde, a medida que el Norte Chico adquiría importancia desde el punto de vista económico, su influencia política aumentó sostenidamente. En 1843, según un decreto del gobierno del Presidente Manuel Bulnes, se creó oficialmente la provincia de Atacama, cumpliéndose de ese modo la aspiración de su elite local que progresivamente se ubicó en la vanguardia de la oligarquía chilena. A partir de su nuevo status político, la elite local comenzó a adquirir un distintivo sello político, no obstante su lejanía de los centros de decisión política. Una manifestación concreta de ello fue la fundación del primer periódico regional, *El Copiapino*, en 1845, un medio que durante décadas interpretó los intereses regionalistas de la provincia atacameña.

Sin embargo, no fue sino durante la década de 1850, y en particular durante su segunda mitad, en que se comenzaron a generar y a mezclar una serie de factores –como la maduración política e ideológica de la elite local y su creciente enriquecimiento– que explican cómo un conflicto como el desatado en 1859, derivó hasta transformarse en el mayor desafío que enfrentó el poder central, al punto de haber puesto en tela de juicio la supuesta fortaleza del Estado chileno.

Si se analizan los temas planteados por los portavoces de la guerra civil de 1859 en Atacama, de inmediato salta a la vista su importante homogeneidad ideológica. A mediados de la década, en Atacama se había elegido a Tomás Gallo y Manuel Antonio Matta como diputados por Copiapó y Caldera respectivamente, mientras que otro miembro de la elite local, Ángel Custodio Gallo, había sido electo diputado por Valparaíso, como parte de los “liberales rojos”. En términos prácticos, esta “bancada regionalista” se constituyó en el indudable liderazgo de un movimiento que mantuvo “autónomo” al Norte Chico por aproximadamente cuatro meses en el primer semestre de 1859.

Pero sin duda alguna el personaje regional más importante del periodo y el líder indiscutido del movimiento insurreccional fue Pedro León Gallo Goyenechea, un acaudalado minero, que en 1851 registró un breve paso por la Guardia Nacional, desde la cual defendió el orden presidencial en la guerra civil de ese año. Desde 1854 Gallo se

³⁶ Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Tomo XIII, Capítulo LI, Segunda Edición, Editorial Nacimiento, Santiago, 1970, pp. 307-308.

³⁷ Ulises Cárcamo Sirguiado, “Desarrollo y Maduración política en el Norte Chico: 1800-1850”, *Revista de Historia Año 15*, Vol. 15, 2005, Universidad de Concepción, pp. 85-92.

desempeñó como regidor de Copiapó, cargo desde el cual intentó defender los intereses de su región, inspirado ideológicamente en los principios más progresistas de la elite liberal chilena. Y fue por ello que los contenidos y los móviles de la guerra civil en la provincia atacameña estuvieron vinculados a una fuerte reacción frente a lo que se consideraba el “autoritarismo” y el abuso de poder por parte del gobierno de Manuel Montt, cuya fuente era la Constitución de 1833. Hubo además reivindicaciones relativas a la política comercial, específicamente referidas a los impuestos a las exportaciones de cobre y plata.

La conjugación de esos factores fue creando un creciente clima de agitación local, el que a fines de 1857 fue estimulado por el Intendente de Atacama, Juan V. Mira, quien hizo detener a los periodistas de *El Copiapino* Rafael Vial, Andrés Maluenda y José Nicolás Mujica, los que fueron azotados en el cuartel de policía. Según la autoridad, ello constituyó un castigo por las supuestas ofensas del semanario a las autoridades del gobierno central de la República, en las que la publicación había incurrido al criticar su manejo político.

Ante este hecho, la reacción del pueblo copiapino no se hizo esperar y organizó una manifestación en las calles de la ciudad pidiendo la destitución de Mira, mientras que la Municipalidad copiapina desarrolló una fuerte presión. Por primera vez en muchos años el poder central cedió a las peticiones de la provincia y decretó la destitución de Mira, al que luego la Corte Suprema optó por relegar a Argentina.

Pero el conflicto no terminó allí y la tensión se vio en aumento durante los primeros meses de 1858. En la lectura del mensaje presidencial de Manuel Montt a mediados de ese año, el diputado Tomás Gallo provocó ruidosos desórdenes en el hemiciclo del Congreso Nacional, en protesta por la falsa imagen de “tranquilidad y paz pública” que Montt le imprimió a su discurso en su cuenta anual, la que según él distaba de corresponder a la realidad política nacional. Era otra muestra de la irritación regionalista frente al gobierno de Santiago.

Nuevos incidentes se sucedieron en los meses siguientes. En agosto de 1858 el nuevo intendente de Atacama, José María Silva Chávez, hizo azotar a dos soldados de la guardia nacional por un presumible desacato. Este acontecimiento concitó el airado reclamo del ya influyente regidor Pedro León Gallo, quien contaba con un importante apoyo municipal entre los cuales se contaba el del regidor Felipe Santiago Matta, su primo, entre muchos otros personeros. De acuerdo a Encina, fue en ese momento que Gallo habría iniciado actividades “autonomistas”.

Finalmente, Silva Chávez prefirió destituir a Gallo de su cargo de regidor de Copiapó, lo que de inmediato desató una reacción indignada en los segmentos progresistas de la elite local y también de la santiaguina. El resentimiento contra el gobierno se manifestó por ejemplo en la fundación del diario *La Asamblea Constituyente*, donde redactaban entre otros los futuros fundadores del Partido Radical Manuel Antonio Matta y Ángel Custodio Gallo, además de Benjamín Vicuña Mackenna. Esta irradiación del conflicto regional también se manifestó en la fundación del Club de la Unión, donde frecuentaban los más conspicuos liberales opositores a Montt.

En todo caso, los grupos santiaguinos miraron con recelo esta supuesta autonomía del Norte Chico. El propio Gallo envió a Felipe Santiago Matta a Santiago a buscar armas y municiones, sin embargo en la capital no les proporcionaron munición alguna, actitud que denota la desconfianza de los grupos reformistas capitalinos.

El 25 de noviembre de 1858 se fundó en Copiapó el “Club Constituyente” con Pedro León Gallo como presidente, junto a Pedro Pablo Zapata, Felipe Santiago Matta y Anselmo Carabantes, entre otros personeros regionales. El mismo Zapata, un militar retirado, daría vida después al Club de Artesanos, que contaría con más de 150 miembros, muchos de los cuales engrosarían las filas del llamado “ejército constituyente” entre enero y abril del año siguiente.

El “Club Constituyente” rápidamente se transformó en la privilegiada base política de los futuros sucesos de 1859. Su base fundamental fue la siguiente: “1. Promover, dentro de la esfera de la ley, la realización de una asamblea constituyente, para la reforma de la actual constitución. 2. Promover la instrucción primara para las clases menesterosas.”³⁸ Si bien los propósitos regionalistas no son esbozados explícitamente, su inclinación reformista y progresista es indudable.

A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron y el día 11 de diciembre se publicó una proclama solicitando una asamblea constituyente que pusiera fin a la autoritaria Constitución de 1833. Firmaban la declaración Manuel Antonio Matta, Ángel Custodio Gallo, Isidoro Errázuriz, Guillermo Matta y Benjamín Vicuña Mackenna. El Consejo de Estado se reunió esa misma noche con el fin explícito de prohibir el accionar de ese grupo, considerándolo subversivo. En Santiago, se reunieron cerca de 200 manifestantes y se acordó iniciar el levantamiento el 1 de enero, fecha que después fue aplazada.

Uno de los elementos que, desde el punto de vista local, contribuyó a un supuesto “ánimo” de los alzados, lo constituyó la fuerza militar que contaba en Copiapó. El gobierno conservador, por un lado, disponía de 2 compañías de infantería y 1 de caballería, lo que sumaba un total de 240 hombres más 30 artilleros.

En cuanto a las armas disponibles, los copiapinos contaban con 150 fusiles de la guardia municipal, 300 del batallón cívico, 150 sables, 100 carabinas y 400 lanzas. De acuerdo a Encina, las fuerzas del gobierno sólo sumaban “200 hombres de policía”. No obstante las cifras sobre equipamiento, en la práctica una parte considerable de estas fuerzas simpatizaban con los llamados “constituyentes”, vale decir, con los insurrectos de Atacama.

Por otro lado, los “constituyentes” contaban con 2.000 “entusiastas adherentes”, pero con escaso armamento y poca preparación militar. No obstante, esto no impidió que el estallido se iniciase bajo el férreo mando de Pedro León Gallo.³⁹

³⁸ Reproducidos en Oriel Alvarez, *Atacama de plata*, Ediciones Todamérica, s/f, p. 191.

³⁹ *Ibid.* p. 192.

Previendo el peligro que se avecinaba para el 5 de enero de 1859 – día escogido por los alzados para el inicio de las acciones armadas-, el día anterior el intendente atacameño Silva Chávez decretó un bando prohibiendo la libertad de reunión de más de cuatro personas. Sin embargo, y como sucede en todos estos casos, estas disposiciones no evitaron lo que era ostensible.

Así, el 5 de enero de 1859 Pedro Pablo Zapata, más 20 hombres, hizo ocupación del cuartel de policía. Para ello se hizo un simulacro de resistencia y defensa, debido a la simpatía que profesaba por los constituyentes el oficial de policía Salvador Urrutia, quien estaba infiltrado en el cuartel. Posteriormente los alzados procedieron a tomarse la cárcel de Copiapó.

Al verse prácticamente atrapado, el Intendente Silva Chávez huyó de la provincia atacameña, dejando un vacío de poder que fue ocupado la misma noche del 5 de enero por Pedro León Gallo. Este, apoyado por la mayoría del municipio, asumió como Intendente de Atacama y posteriormente como General de las Fuerzas Revolucionarias del Norte Chico. Desde ese instante Atacama se desligó del gobierno central hasta que funcionase la asamblea constituyente, consigna principal de los alzados.

Luego se procedió a tomar el estratégico puerto de Caldera, labor que fue encomendada a Anselmo Carabantes y que fue concretada con 20 hombres, para lo cual compró armas y arrestó a las más altas autoridades como el Gobernador de ese departamento. Sin embargo, el gobierno central después ocuparía brevemente esta zona.

Durante la ocupación de la provincia de Atacama, Gallo y sus hombres hicieron gala de un poderío militar y político que luego derivó en una larga hegemonía militar. De acuerdo a Álvarez, “El caudillo nortino fue el primer jefe militar que puso en práctica los carros blindados en la guerra, los que se ensayaron muchos años más tarde en los ingleses en la India.”⁴⁰

Además, en las maestranzas de Copiapó y Caldera, bajo la dirección de Carabantes, quien era ingeniero, se fundieron armas y cañones y 15 piezas de caballería, lo que denota claramente la impresionante capacidad militar en Atacama. Se armó a unos 700 hombres, divididos en dos batallones de infantería, al mando de Felipe S. Matta y del oficial de policía Urrutia. Además se dispusieron dos escuadrones de caballería.

Un elemento que distingue la autonomía que iba adquiriendo al menos la provincia de Atacama, es la acuñación de monedas. Se utilizaron más de 1000 marcos de plata en barras, proporcionadas por el propio Pedro León Gallo más barras de plata donadas por su madre Candelaria Goyenechea.

En no más de diez días se fabricaron más de mil monedas de 1 peso y 10 mil de cuarenta centavos, los que fueron llamados “pesos constituyentes”. Claramente, esto es un indicio de la fuerte autonomía económica que poseía la región atacameña; si se profundiza en este aspecto, es posible sostener que este aspecto se transformó en una pre-condición

⁴⁰ *Ibid.*

que posibilitó la hegemonía política militar: las tesorerías, las arcas municipales, los dineros de la Junta de Minería junto con la propia fortuna de los Gallo- Goyenechea fueron las fuentes más privilegiadas para mantener todo ese poderío regional. Gallo había reunido en diez días lo que Chile se hacía en 3 o 4 meses, de acuerdo al relato de Encina.⁴¹

Mientras tanto el conflicto continuaba. Si bien la toma de la ciudad de Vallenar por parte de los constituyentes, bajo el mando de Valentín Magallanes, fracasó en un primer momento, después se sometió luego de la fuga de las tropas de gobierno luego de un día de combate. De este modo, se daba término a la ocupación de la provincia atacameña lo que se sostuvo con una importante fuerza militar de las tropas de Gallo, las que ya se componían de 989 plazas de artilleros. Otro de los elementos a favor fueron los altos sueldos para la tropa, que después escasearían debido al agotamiento de sus fuentes de financiamiento.

El gobierno central, mientras tanto, reaccionó tardíamente lo que demuestra que no dimensionó los peligros de esta revuelta regional. Para comenzar, recién el 16 de enero llegaron las primeras tropas de Santiago hacia Caldera, puerto que tuvieron que abandonar debido a la escasez de fuerzas, dejando toda la provincia de Atacama bajo el control de los insurrectos. Días después, el gobierno de Montt solicitó Facultades Extraordinarias y autorización al Congreso para arrestar y trasladar personas, destituir oficiales y empleados públicos y, lo más importante, para aumentar el tamaño del ejército de línea.

Este es el tema más importante, puesto que el ejército de línea contaba con solamente 2.378 plazas (sin considerar la Guardia Cívica), lo cual resultaba escuálido para sofocar el intento de Gallo en el norte, zona en la que el gobierno tenía escasos efectivos, lo cual acentuó todavía más el carácter autonómico de los sucesos de 1859.⁴²

Por fin, y no sin poco esfuerzo, el gobierno sofocó el levantamiento que se había extendido a Talca y Colchagua. Además, la guerra civil se había extendido a la provincia de Aconcagua, específicamente a la ciudad de San Felipe, donde se registró una breve sublevación que fue aplastada por 500 efectivos de gobierno apostados en Los Andes, su tradicional rival.

Así, los constituyentes se beneficiaron de una serie de elementos que posibilitaron sus repetidos éxitos: En primer lugar su gran ejército, que llegó a alcanzar la no despreciable suma de 4 mil a 5 mil efectivos (aunque poseía no más de 1000 fusiles); en segundo término su gran capacidad económica y por último el tiempo que tuvo para fortalecerse, explicado por el aislamiento de Copiapó, la baja dotación del ejército regular en ese lugar y la necesidad del gobierno de prevenir primeramente los alzamientos en el centro sur.

En rigor, el contingente con que contaba Gallo era sólo de 1.200 hombres, la mitad del ejército efectivo chileno; con ellos desarrolló una campaña militar que puso en jaque tanto al Ejército, al cual hizo pasar un bochorno mayor, y al gobierno, que debió extremar

⁴¹ Encina, *op cit.* p. 312.

⁴² Encina, *op. cit.* pp. 314-329.

sus esfuerzos y hacer uso a todos sus recursos para sofocar el levantamiento en ambas provincias, en particular la atacameña.

Pedro León Gallo siguió desde Copiapó el sofocamiento de las revueltas del centro del país. Finalmente, bajo una solemne ceremonia en la Plaza de Armas y las respectivas bendiciones, Gallo partió el 15 de febrero de 1859 hacia el sur dispuesto a tomar posesión de la provincia de Coquimbo, más rica y poderosa que la provincia atacameña. El 21 de febrero las tropas acamparon en Vallenar y finalmente el 10 de marzo las 3 divisiones de Gallo se apostaban en La Higuera, mineral situado a 50 kilómetros al norte de La Serena.

Cuatro días más tarde, el Jefe del Estado Mayor de las fuerzas irregulares de Atacama vencieron a las fuerzas del gobierno en la quebrada de Los Loros, lo que constituyó el más importante logro militar de los copiapinos, quienes con una fuerza compuesta por 1.200 hombres de infantería, 200 jinetes y 60 artilleros derrotaron a los 1.600 efectivos del Intendente Chávez quien huyó a Valparaíso a bordo de la “Esmeralda”. Al final del combate la fuerza militar de los atacameños se había apoderado de la artillería gobiernista compuesta de 4 cañones, de 400 fusiles de los infantes, habiendo tomado 400 prisioneros. Las bajas de las fuerzas regulares llegaron a 80 muertos y 100 heridos.

Gallo procedió entonces a ocupar La Serena, en donde ingresó a las 3:30 de la tarde siendo recibido como un “libertador” bajo las ovaciones de la población de la ciudad, que le manifestó así una importante adhesión. Sin embargo, una vez en control de la ciudad los ocupantes “dieron rienda suelta” a su entusiasmo que se materializó en la publicación en los periódicos locales de “diatribas contra el lujo y la ociosidad del clero”, lo que alienó a parte de la población.

En las semanas siguientes Gallo avanzó aún más hacia el sur, llegando a operar sobre Ovalle e Illapel, dejando entrever su poderío militar y llegando a controlar por un momento dos de las provincias más ricas del país.

Para el gobierno, en particular para los elementos más conservadores, el peligro político-militar representado por los copiapinos se convirtió en una amenaza mayor, pues por una parte estos eran “hombres de ideas muy avanzadas que buscaban empeñosamente la reforma de la Constitución”, y por otra le habían infringido un severo revés. Se procedió entonces a organizar una “nueva y más poderosa expedición militar, a las órdenes del General Juan Viduarre Leal, que zarpó de Valparaíso el 26 de abril a bordo de cinco navíos que transportaban a aproximadamente tres mil soldados que formaban parte de los batallones 5º, 7º y 8º de línea, especialmente creados en la coyuntura.”⁴³

Por su parte Gallo sólo pudo aumentar marginalmente su dotación pero sólo con refuerzos que recibió desde Copiapó; con ellos su ejército completó 1.800 plazas, mientras abundaban los problemas relativos al financiamiento y la baja calidad del armamento. Además, sus esfuerzos por conseguir armas y municiones en Perú y Bolivia resultaron frustrados.

⁴³ Agustín Edwards, *Cuatro Presidentes de Chile* (2 vols., Valparaíso, 1932), vol. II, pp. 184-185.

Bajo este desequilibrio evidente, en el sector de Cerro Grande, entre La Serena y el puerto de Coquimbo, las fuerzas de Gallo fueron derrotadas el 29 de abril de 1859, desarticulándose por completo el movimiento revolucionario. Gallo se replegó a La Serena desde donde envió parlamentarios que ofrecieron a Vidaurre la entrega de la ciudad a condición de que no se persiguiese a los oficiales y a la tropa, y ofreciendo entregarse el mismo prisionero con otros jefes de su ejército. Vidaurre contestó que “no podía prometer lo que no podía cumplir y le aconsejó retirarse”.

A la medianoche Gallo, que había sido herido en el combate, abandonó la ciudad y se dirigió a Argentina a través de la cordillera con 700 hombres y dos prisioneros importantes: los oficiales del Ejército regular Salvador Urrutia y Manuel Vallejos, que se habían sumado a su campaña pero que habían saboteado la fabricación de cartuchos para los fusiles del ejército rebelde, desmovilizando a un batallón en plena refriega dejando además inactiva a la artillería. Finalmente, Gallo llegó a la ciudad de San Juan, en donde entregó las armas.⁴⁴

Entre tanto, algunos restos de las fuerzas de la insurrección permanecían apostadas en la ciudad de Copiapó, donde las tropas del gobierno tuvieron que combatir sólo por cerca de cuatro horas para retomar la ciudad, logrando la definitiva “pacificación” el día 12 de mayo.

Terminaba de este modo la aventura autonomista que puso en jaque al gobierno central por cuatro meses. Pero el drama sólo concluyó en el mes de diciembre.

En efecto, el 18 de septiembre mientras se celebraba un *te deum* en un templo de Valparaíso, una turba de jornaleros se abalanzó sobre los asistentes a la ceremonia. El General Vidaurre, que asistía a ella, salió al pórtico para constatar que ocurría y recibió una andanada de disparos hecha a boca de jarro que le causó la muerte en el lugar. Entre tanto, Urrutia y Vallejos fueron extraditados y sometidos en Valparaíso a consejo de guerra, que los sentenció a muerte por traición al Ejército regular. Una vez condenados fueron trasladados a Coquimbo, en donde fueron fusilados el 20 de diciembre de 1859.⁴⁵

¿GUERRA CIVIL O REVOLUCIÓN?

Los luctuosos sucesos acaecidos en el Norte Chico, así como los logros políticos locales de la insurrección de 1859 constituyen un fuerte incentivo para quienes necesitan encontrar un suceso revolucionario –o por lo menos insurreccional o tal vez tan sólo hechos de violencia- en el devenir histórico de Chile. Pero una cosa es lo que se quiere, y otra, muy diferente, es lo que se desprende del análisis de una determinada situación histórica.

Una revolución implica transferencia de poder y una adecuación institucional que haga que las organizaciones y las decisiones estén orientadas a alterar el *statu quo*. En ese contexto, las acciones que demandan una cuota de violencia son cuestiones adjetivas, tal

⁴⁴ *Ibíd.*

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 188-187.

vez dramáticas, pero que en el contexto de un cambio estructural no son sino acontecimientos circunstanciales, que fuera de ese marco no tendrían mayor trascendencia y que incluso podrían perderse en el registro histórico. Desde ese punto de vista, las batallas de Los Loros y Cerro Grande parecen haber entrado en las tinieblas de la historiografía.

La razón detrás de ello reside en las características del movimiento insurreccional de Copiapó. En realidad, más que una “revolución” los sucesos del primer semestre de 1859 deben ser considerados como una guerra civil en que una elite local desarrolló al máximo sus capacidades y posibilidades políticas para lograr una mayor cuota de poder a nivel nacional, o si se quiere, una mayor participación en el reparto del poder que ya se comenzaba a complicar en la medida en que el elenco social oligárquico recibía nuevos miembros.

Desde el punto de vista analítico, hay algunas carencias en el movimiento de Atacama que limitan sus posibilidades de calificarlo como un fenómeno revolucionario. Ellas son de carácter social y de orden programático. En cuanto a las primeras, si bien es cierto el liderazgo insurreccional convocó a los trabajadores a formar parte del movimiento, estos no lograron ocupar posiciones en la dirección política-militar.

En Atacama se registró la ausencia de un fenómeno social con protagonistas perfectamente reconocibles, que forman clases o conjuntos homogéneos de empresarios y trabajadores. Un grupo dispuesto a intentar una aventura en el campo de la producción de bienes y servicios, pero también en el ámbito institucional, para lo cual crearon manifestaciones sociales y políticas fuertes y duraderas.⁴⁶

Esas fuerzas sociales fueron producto de la transformación social y económica que acompañó y fue parte de un proceso de modernización, aunque en el norte minero ese proceso fue limitado. Y ni siquiera en la coyuntura del primer semestre de 1859 los líderes del movimiento plantearon la creación de las condiciones adecuadas, a través de políticas públicas con relación a los temas de la propiedad y de las instituciones sociales destinadas a facilitar el cambio. De tal manera, ello se tradujo en que en el ámbito de lo programático no existan en el registro de los planteamientos formulados en Copiapó referencias a los temas de la propiedad agrícola o al de los sistemas laborales, o si los hubo ellos no llegaron a convertirse en reivindicación colectiva.

Dicho de otra manera, no hubo una estructuración colectiva que constituyera el soporte de un cuerpo de ideas sustancialmente compartidas por diferentes actores que compartían un programa, en este caso, para el desarrollo de los mercados de factores y del de bienes de consumo o más ampliamente para impulsar la transformación de una sociedad tradicional a una moderna. Y aquella fue una omisión importante, pues los contenidos y la fase “progresista” del movimiento fueron efímeros, mientras que el liderazgo se transformó rápida e inevitablemente en un grupo sistémico, que se aglutinó con grupos muy diversos –

⁴⁶ Jordi Maluquer, “El ascenso de la burguesía industrial: el caso catalán”, en Mario Cerutti & Menno Velinga (eds.) *Burguesías e industria en América Latina y Europa meridional* (Madrid, 1989), pp. 181-182 plantea un atractivo modelo de modernización social.

como los de la antigua oligarquía- a la cual traspasó algunos de sus valores, pero que a la vez adoptó de ella muchos de los tradicionales.

Esta es una cuestión fundamental para comprender a cabalidad no sólo los sucesos de 1859, sino el devenir global de la sociedad chilena tomando en cuenta el rol jugado en ella por el liderazgo que emergió en las provincias del norte en el cuarto de siglo 1850-1875. El estudio de la actividad económica de los grupos de poder en el norte explica su emergencia productiva y social, pero no necesariamente otros aspectos del fenómeno total que ello implica, sobre todo en lo que dice relación con sus ideas e ideales, cuya relación con el proceso productivo es variable y de difícil determinación. En ese sentido, desde su rol de productores, para calificarlos como “revolucionarios” deberían haber elaborado un conjunto de reivindicaciones cuya satisfacción al mismo tiempo que redundaba en su provecho, alteraban el orden establecido, pero no necesariamente a través de una actitud revolucionaria racionalmente adoptada y sostenida doctrinariamente, sino nada más que a través de un conjunto de medidas para resolver sus necesidades inmediatas.⁴⁷

En el caso de los sucesos de 1859 las reivindicaciones relacionadas con los procesos productivos más que orientadas a transformarlos, parecían estar destinadas a preservarlos cuando no a fortalecerlos.

Más aún, cuando los capitalistas del norte se trasladaron a la zona central y adquirieron grandes propiedades rurales, ello les permitió acceder a la elite, lo cual fue un logro importante. También introdujeron importantes innovaciones en maquinarias, cultivos, razas de ganado, especies arbóreas frutales, pero no alteraron los sistemas de trabajo; más aún, los reforzaron.

¿Por qué ello? La respuesta tiene necesariamente que ver con las preferencias analíticas. Desde nuestro punto de vista -que se ha elaborado a partir del planteamiento de Witold Kula para Polonia en siglo XIX-,⁴⁸ se trata de un fenómeno propio de las formaciones sociales atrasadas donde en el ámbito productivo el sector avanzado y el atrasado o tradicional no coexisten, sino que son interdependientes, por lo que el primero no puede poner término al atraso de la economía global, no arrastra al otro sector, sino que perpetúa y profundiza su subdesarrollo, o como lo planteó Marx, su mediocridad.

Para transformar y dinamizar la sociedad y la economía, se requería incursionar por los caminos de la tenencia de la tierra, la propiedad minera y los sistemas de trabajo, es decir en cuestiones que tenían una delicada relación con la estructura social, y por ese camino con la cuestión fundamental de la distribución del poder. Alterar el *statu quo* era un juego peligroso, pues significaba *desordenar* la sociedad, tal vez con resultados impredecibles. Frente a ello, era más conveniente ganar cuotas de poder en el orden existente, aunque para ello fuese necesario dejar a un lado los debates, la prensa y las

⁴⁷ José Luis Romero, *¿Quién es el burgués? Y otros estudios de historia medieval* (Buenos Aires, 1984), pp. 15-19.

⁴⁸ “Estudios sobre el desarrollo del capitalismo” en Luigi Cafagna *et. al.*, *Industrialización y subdesarrollo* (Madrid, 1974).

elecciones y empuñar las armas por un tiempo. A la larga, “el costo social” de una aventura armada era menor que el de una verdadera revolución.

CONCLUSIONES

Desde el punto de vista del número de víctimas, la guerra civil en el norte fue un episodio cruento, así como en la dimensión político-militar fue espectacular. La capacidad organizativa del liderazgo copiapino no sólo fue notable, sino que de una dimensión tal que le permitió propinarle una severa derrota al Ejército regular, la primera desde la campaña de 1837-1839 contra la Confederación Perú-boliviana. La fortaleza de la organización militar fue la expresión de un sólido entramado político que descansaba sobre bases que combinaron todo tipo de medidas de gobierno, que invitan a pensar acerca de la situación vivida en Atacama durante el primer semestre de 1859 en los términos que lo planteó Zeitlin, siguiendo a Lenin; es decir una situación de “poder dual” producto del quiebre de la elite a raíz de las fisuras internas y las diferencias territoriales que antecedieron al conflicto.

Es por ello que los sucesos de Copiapó invitan a pensar en una situación de ruptura y de generación de un centro nuevo de soberanía política generado por la elite atacameña, cuyo mandato no sólo eran las demandas regionales, sino también lograr un espacio en la dirección de la política nacional.

Desde esa perspectiva analítica, las consecuencias de la guerra civil de 1859 superan con largueza la intensidad del drama del conflicto. Fue tal vez este, y las dimensiones que alcanzó lo que persuadió a quienes controlaban el poder acerca de la necesidad de iniciar un proceso gradual y controlado de “democratización” de la vida política nacional. Ambos contendientes hicieron concesiones importantes para lograr un acomodo que le aseguró al país treinta años de intensa actividad política libres de exabruptos como aquellos de la década de 1850. Si se compara ese record con el de los 30 años anteriores, el resultado es ampliamente favorable para el modo de convivencia política que diseñaron los combatientes de fines de la década de 1850 y comienzos de la de 1860, pues entre 1829 y 1859 hubo tres guerras civiles, un conflicto que estuvo a punto de desatar otra –en 1837, con motivo del asesinato de Diego Portales- y la consabida represión gubernamental que registró tan sólo una pausa durante la presidencia de Manuel Bulnes.⁴⁹

Terminada la guerra civil, se desataron los bajos instintos autoritarios de quienes detentaban el poder y no sólo se inició una fuerte represión, sino que además se ampliaron las atribuciones legales del ejecutivo. Tal vez la mejor muestra de la fuerza de la retribución gubernamental a sus oponentes fue la promulgación de la ley de “responsabilidad civil” y el manejo de las limitaciones al sufragio. Afortunadamente, el segundo período presidencial de Manuel Montt tenía una fecha de término cercana: septiembre de 1861.

⁴⁹ Para un detallado análisis del proceso de apertura del sistema político, J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la ampliación del sufragio en Chile* (Buenos Aires, 1985), *passim*.

El nuevo Presidente de la República, José Joaquín Pérez Mascayano, ha sido objeto del desprecio por parte de la historiografía conservadora, así como en su época lo fue del sarcasmo de la prensa de los partidarios del “orden”. Pero él puede ser visto desde varios ángulos, y tal vez el más interesante sea el del gran pacificador de la política chilena luego de la más violenta década de su breve historia republicana. En efecto, Pérez Mascayano asumió la presidencia prometiendo un gobierno “de todos y para todos”, y aunque nadie comprendió al comienzo el verdadero sentido de sus palabras, durante su decenio de gobierno hubo importantes reformas que flexibilizaron el sistema político y quedaron otras en marcha que ampliaron la participación política...dentro de los límites que imponía un régimen inspirado en los objetivos y aspiraciones de la oligarquía.

A poco de haber asumido Pérez se deshizo de los elementos autoritarios heredados del gobierno de Manuel Montt y comenzó a gobernar con una alianza de antiguos opositores, la “fusión” liberal-conservadora. Esta paradójica combinación inició desde 1861 una política de flexibilización y apertura de manera tal que rápidamente se indultó a los activistas de la “revolución” de 1859. Muchos de los que habían partido al exilio regresaron rápidamente y en la elección de diputados de 1863 algunos de ellos fueron electos. En 1865 logró la flexibilización de las prácticas religiosas y, más importantes aún, la derogación de la ley de responsabilidad civil. Pero tal vez la más clara evidencia de un nuevo clima político –más tolerante y participativo- fue la candidatura a la presidencia de la república del líder de la insurrección en Atacama, Pedro León Gallo, en 1866. Dadas las prácticas electorales, la candidatura de Gallo no tenía ninguna posibilidad de éxito, pero ella sola era fiel reflejo de un nuevo clima político en que desde los centros tradicionales del poder se habrían espacios para los ayer enemigos, y estos los ocupaban activamente.

En el segundo período presidencial de Pérez continuó el proceso de reformas del sistema político; muchos de los antiguos “revolucionarios” de la década anterior se incorporaron a la Cámara de Diputados; Ángel Custodio Gallo, Manuel Antonio y Guillermo Matta y Benjamín Vicuña Mackenna, entre los más destacados. Tan significativo como lo anterior fue el que por esos años se establecieron las bases para la reducción del poder y el período presidencial; se garantizó la libertad de prensa, de asociación y reunión; se reformó el sistema electoral de manera de hacerlo más proporcional y se limitaron las posibilidades de intervención del ejecutivo en los procesos electorales al traspasarse el control de ellos de los intendentes a las “juntas de mayores contribuyentes”.

De otra parte, el poder legislativo ganó presencia en el Consejo de Estado, que hasta entonces había estado controlado por el ejecutivo; paulatinamente los ministros de Estado debieron responder a los consultas e “interpelaciones” de los Senadores y Diputados, mientras que terminó la práctica que permitía a ministros y altos funcionarios públicos detentar simultáneamente la condición de congresal. Finalmente, se instituyó una reforma trascendental, según la cual se abolió el requisito patrimonial para ejercer la ciudadanía y esta se le otorgó a todos los hombres mayores de edad que acreditaran saber leer y escribir. Con ello, entre la elección de 1871 y 1876, el número de electores se multiplicó por diez.

Tal vez el mejor reflejo del nuevo clima político y acerca de los espacios que habían ganado los insurrectos de 1859, fue la elección presidencial de junio de 1871. En ella los dos postulantes tenían credenciales de participación, en grados diversos, en las guerras

civiles de la década de 1850; es decir podían ser considerados “revolucionarios”. El que mejor calificaba en esa condición, dado su muy activo rol en los sucesos de 1851, era Federico Errázuriz Zañartu, el candidato del gobierno y de los conservadores. Su oponente fue José Tomás Urmeneta, minero del cobre por antonomasia, con fuertes vínculos económicos y sociales en la provincia de Coquimbo.

En aquellos años, ser candidato del gobierno, aseguraba el triunfo, pero aún así Urmeneta y sus partidarios desarrollaron una activa campaña desde Atacama hasta Arauco. Sin embargo, la derrota que les propinó la maquinaria eleccionaria del gobierno fue aplastante y sin apelación.⁵⁰

Como era el estilo de hacer política en aquellos años, terminados los comicios el candidato derrotado invitó a sus partidarios más cercanos a un banquete en su hacienda de Limache.⁵¹ Y como también ocurría a menudo en esas ocasiones, después de muchos brindis, a la hora de los discursos los ánimos y el tono de las intervenciones comenzaron a encenderse. El primero de los oradores, Matías Ovalle hizo una relación de lo que según él habían sido todos los fraudes y atropellos cometidos por las autoridades de gobierno y finalizó su intervención preguntando si cabía “resignarse ante tanta tropelía”. A continuación Francisco Puelma declaró “enérgicamente” que si alguna vez estaba justificada la resistencia era entonces, y concluyó pidiendo la cooperación de todos los presentes para una “resistencia armada”. Urmeneta se sumó al creciente ímpetu insurreccional y manifestó prestamente que al “aceptar la candidatura había resuelto arrostrar todas las consecuencias, y por lo tanto, ponía su vida y su fortuna a disposición” de sus amigos y seguidores.

De tal manera, al atardecer de ese sábado del mes de julio de 1871, en términos leninistas, estaban dadas las “condiciones objetivas y subjetivas” para un alzamiento “en forma”. Frente a esa eventualidad, debían tomarse las decisiones de rigor, y en ese momento algunos de los antiguos líderes insurreccionales atacameños llamaron a la calma. Manuel Antonio Matta propuso “que los abusos cometidos debían combatirse por medios pacíficos en comicios públicos, en la prensa y en el Congreso”, en lo que fue apoyado por Ángel Custodio Gallo y Manuel Recabarren.⁵² Terminado el banquete, los asistentes abordaron el tren expreso de las 19 horas y emprendieron el regreso a Santiago, en donde continuaron su práctica cada vez más intensa de la política.

¿Qué motivó a Gallo, Matta y a Recabarren a desechar el camino de la insurrección? Es una pregunta fundamental, no sólo en términos de la opción que hicieron, sino además pues en ella se encierran algunas respuestas a lo que realmente representó el movimiento político-militar de Atacama en 1859. Una respuesta probable es que ellos optaron por desarrollar su protagonismo en los espacios que habían ganado en el Estado y que les permitía negociar cada vez más importantes cuotas de poder. Este es un dato fundamental, pues en términos de las reivindicaciones más “concretas” que habían sido enarboladas con

⁵⁰ Un recuento pormenorizado en Edwards, vol. II.

⁵¹ Acerca de la importancia del banquete en el “modo de hacer política” por aquellos años, Simon Collier “Conservatismo chileno. Temas e imágenes”, en *Nueva Historia*, N° 7, 1983.

⁵² *Ibíd.*, p. 118. Edwards basa su relato en el testimonio de un asistente, Manuel Recabarren.

anterioridad a la insurrección –derogación de los impuestos a las exportaciones de productos mineros, un nuevo marco jurídico para la actividad minera e inversión pública en las provincias mineras-, nada había cambiado.

Tal vez lo que había ocurrido con ellos era que lo mismo que habían experimentado los personajes literarios Dámaso Encina y Martín Rivas, después de la insurrección de abril de 1851 en Santiago. En efecto, mientras Don Dámaso encomendaba a Martín “la dirección de sus asuntos”, él se entregaba “con más libertad de espíritu”, a la tarea de conseguir algún día el sillón de senador. Después de su periplo por Atacama, era una conducta esperable, pues como buen hombre práctico, formado en la frontera minera, él pertenecía a “la numerosa familia que una ingeniosa expresión califica con el nombre de tejedores honrados, en los cuales la falta de convicciones se condecora con el título acatado de moderación”.⁵³

⁵³ *Martín Rivas* (Santiago, edición de 1978), p. 429.